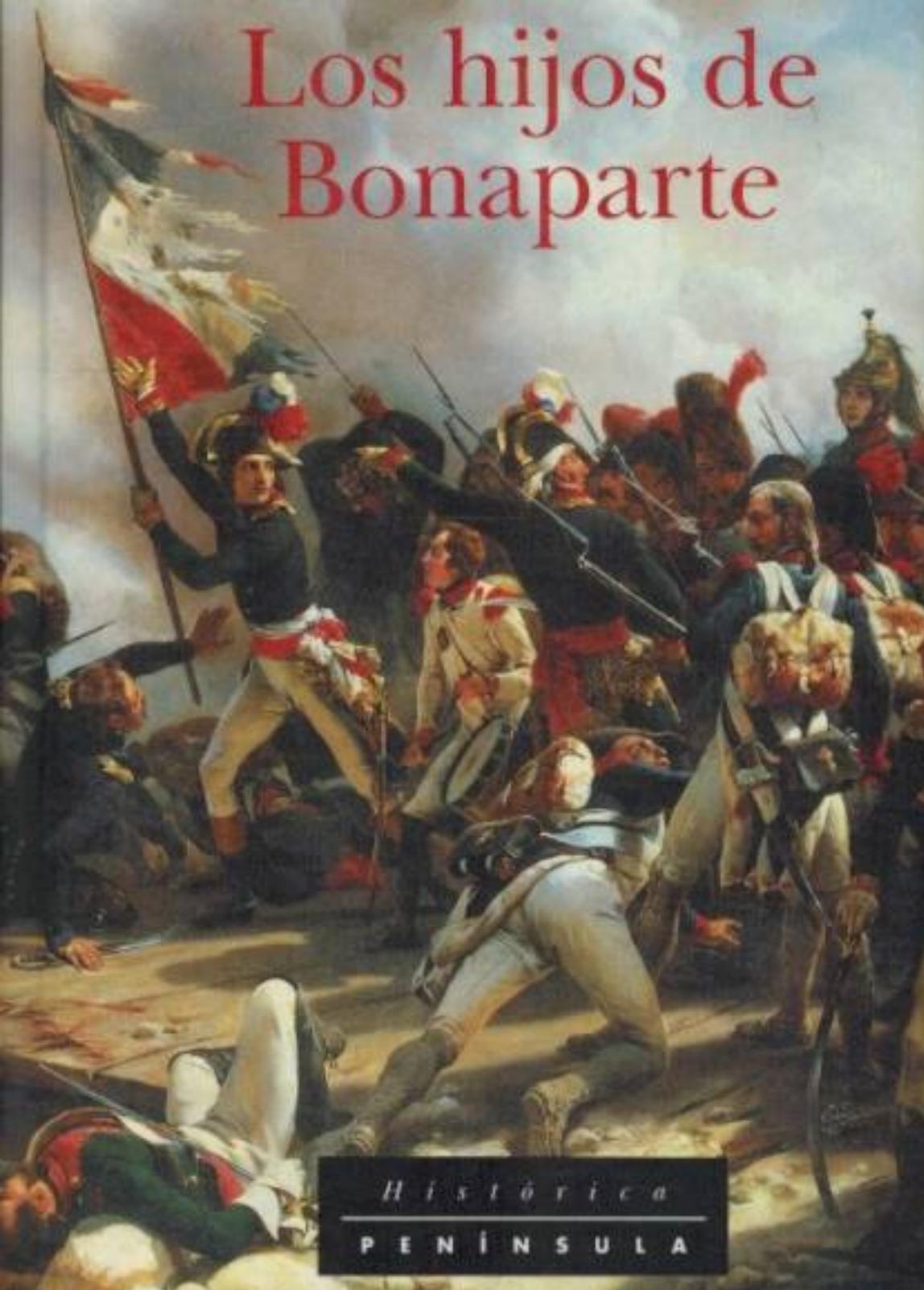


Richard Howard

# Los hijos de Bonaparte



*Històrica*

PENÍNSULA

## Annotation

La monarquía borbónica no es más que un recuerdo lejano y la confusión reina en la República francesa de 1795. Seis años de guerra culminan en una derrota sangrienta en las calles y en la guillotina. Mientras las tropas se enfrentan al hambre y la aniquilación en los tres frentes europeos Francia asesina a sus patriotas. En un movimiento desesperado para salvar la campaña de Italia que dirige el joven Napoleón Bonaparte el Directorio comienza a reclutar para el ejército no sólo asesinos y ladrones sino aristócratas como Alain Lausard que perdió a su familia durante el Terror. Adiestrado como soldado Lausard se granjea el respeto de sus superiores al convertir una pandilla de bellacos en una disciplinada unidad de caballería que será la punta de lanza de la incursión napoleónica en el norte de Italia. Las tropas francesas vencen al ejército austriaco y Lausard se convierte en un héroe en el regimiento pero las tensiones entre los mandos amenazan con el caos y la anarquía. Primer volumen de una serie histórica Los hijos de Bonaparte es la conmovedora crónica de la odisea sangrienta de un hombre y un regimiento a través del horror de las guerras napoleónicas.

---

**RICHARD HOWARD**

*Los hijos de Bonaparte*

*Traducción de Celia Filipetto Isicato*

*Ediciones Península*

## Sinopsis

La monarquía borbónica no es más que un recuerdo lejano y la confusión reina en la República francesa de 1795. Seis años de guerra culminan en una derrota sangrienta en las calles y en la guillotina. Mientras las tropas se enfrentan al hambre y la aniquilación en los tres frentes europeos Francia asesina a sus patriotas. En un movimiento desesperado para salvar la campaña de Italia que dirige el joven Napoleón Bonaparte el Directorio comienza a reclutar para el ejército no sólo asesinos y ladrones sino aristócratas como Alain Lausard que perdió a su familia durante el Terror. Adiestrado como soldado Lausard se granjea el respeto de sus superiores al convertir una pandilla de bellacos en una disciplinada unidad de caballería que será la punta de lanza de la incursión napoleónica en el norte de Italia. Las tropas francesas vencen al ejército austriaco y Lausard se convierte en un héroe en el regimiento pero las tensiones entre los mandos amenazan con el caos y la anarquía. Primer volumen de una serie histórica Los hijos de Bonaparte es la conmovedora crónica de la odisea sangrienta de un hombre y un regimiento a través del horror de las guerras napoleónicas.

Título Original: *Bonaparte's Sons*.

Traductor: Filipetto Isicato, Celia

Autor: Howard, Richard

©1998, Ediciones Península

ISBN: 9788483071519

Generado con: QualityEbook v0.87

Generado por: Silicon, 08/08/2019

**Richard Howard**

# Los hijos de Bonaparte

TÍTULO original en inglés: Bonaparte's Sons.

© 1997 by Richard Howard.

Primera edición: octubre de 1998.

© por la traducción: Celia Filipetto Isicato, 1998.

© de esta edición: Ediciones Península s.a.,

DEPÓSITO LEGAL: B. 34.3 21-1998.

ISBN: 84-8307-151-7.

## PRÓLOGO

ALAIN LAUSARD entrevió la tenue luz grisácea del amanecer, que se filtraba entre los barrotes de la celda y suspiró con hastío. El nuevo día no traía consigo promesa alguna. Sería como cualquier otro. Un día monótono, en la soledad de su minúscula celda. No se diferenciaría de los otros días en cautividad. Seguirían siendo iguales hasta que quienes lo habían enviado a prisión dispusieran otra cosa. Sólo la llegada de las raciones de bazofia, empujadas a través de la ranura que había al pie de la puerta de madera de la celda, interrumpiría la desmoralizante previsibilidad. Siempre y cuando alguien del otro lado se molestara en servir las gachas en los cuencos de madera que hacían las veces de recipientes. En ocasiones, la escasa comida ni siquiera llegaba.

Lausard se puso en pie, cruzó la celda en dos pasos y se acercó a la ventana. Sólo dos zancadas bastaban para atravesar aquella diminuta superficie. Era un hombre corpulento; la prolongada falta de buenos alimentos apenas había mermado el efecto impresionante que causaba su físico. El pelo largo, que pedía a gritos un lavado y le colgaba en lacios mechones hasta los hombros, enmarcaba una cara cuadrada, de fría expresión. Los ojos azules y penetrantes, que miraban con reconcentrada fijeza, contribuían a hacer más sobrecogedor su aspecto. Esa mirada se posó en dos gotas de agua que bajaban por una pared de la celda, persiguiéndose cual lágrimas sobre la piedra plagada de agujeros. En el suelo se pudría la paja húmeda y su hedor, que al principio le había resultado intolerable, en aquel momento le parecía adecuado. Lausard echó una mirada a su alrededor y se sintió tan insensible e implacable como las paredes de piedra de su encierro. Y si el interior ofrecía bien

poco, la realidad que había detrás de los barrotes y los muros no prometía mucho más. A su manera, el mundo exterior era tan implacable como el lugar al cual llamaba hogar. Como había tenido ocasión de comprobar durante los dos últimos años, las calles y los bajos fondos de París podían ser tan duros como cualquier cárcel.

A veces se olvidaba de cuánto había mendigado por esas calles. El tiempo perdió sentido incluso antes de que lo detuviesen, antes de que su mundo se viera reducido a cuatro paredes húmedas y un suelo cubierto de paja putrefacta.

De pie, junto a la ventana de barrotes situada a más de un metro ochenta del suelo, vio la luz del amanecer avanzar perezosamente por el suelo, renuente a entrar en aquel lugar.

Desde una de las decenas de celdas idénticas a la suya que había corredor abajo le llegaron unos ronquidos. Había quienes conseguían pasar por alto las incomodidades y se refugiaban en el olvido que prodiga el sueño. A Lausard le inspiraban envidia y le contrariaba que tuvieran esa capacidad. Rara vez contaba él con esa suerte. Cuando caía la noche y la celda se convertía en un agujero negro, conciliaba brevemente el sueño. Entonces se sustraía durante unas horas a la voracidad de las pulgas que infestaban sus ropas y su pelo. En ese instante notó una en la nuca. La atrapó y la destripó entre las uñas de los pulgares.

Otro día de incertidumbre y espera, de consumirse en aquella caja de piedra en la cual estaba encerrado. Otro día sin más aliciente que esperar a que se abriera la puerta. Pero en el fondo de su corazón, Lausard sabía que si la puerta se abría y los guardias iban a buscarlo, sería para conducirlo a un viaje sin retomo. Esperaba como el resto de los prisioneros la liberación en una única forma.

Se sentó, se reclinó contra la pared húmeda y clavó la vista en la puerta de madera, como si deseara conminarla a abrirse, pero consciente de que si así ocurría, tendría una

cita con la guillotina. Su delito se castigaba con la pena de muerte, como todas las transgresiones cometidas en la ciudad. Estaba seguro de que el momento llegaría. Sólo le quedaba esperar. Continuó con la vista clavada en la puerta.

## 1

EL CAPITÁN NICHOLAS Deschamps refrenó al magnífico zaino que montaba, acarició el cuello del animal para infundirle ánimos y se volvió a mirar a su compañero. El sargento Legier detuvo su cabalgadura, observó el patio de la cárcel, esperó a que su superior desmontara y luego lo imitó. Hizo un gesto de dolor al apoyar el pie en el empedrado. Días antes se había lastimado la cadera y todavía le dolía.

La Conciergerie era una de las cárceles más grandes de las veintiocho que funcionaban entonces en París. Albergaba a más de seiscientos presos y por ella había pasado María Antonieta antes de ser ejecutada. Sólo había una prisión más grande: Bicetre. Algunas contenían apenas treinta reclusos; en Maison de Coignard y en Prison Luxembourg habían treinta y cinco y treinta y tres presos, respectivamente. Casi cinco mil quinientos desgraciados estaban encerrados en esas cárceles, acusados de delitos tan diversos como estafa, violación, hurto o herejía. Tres años antes, por orden de Jean Paul Marat habían masacrado a más de mil cuatrocientos prisioneros en apenas cinco días. Un año más tarde, Charlotte Corday acuchilló a Marat en su bañera.

El clima político reinante en la ciudad y en toda Francia cambiaba de un día para otro. Quienes eran enemigos el lunes pasaban a ser aliados el martes y el miércoles habían sido eliminados. Toda persona catalogada como miembro del partido político equivocado podía ser objeto de un tratamiento sumario. «La cortadora patriótica», como llamaba humorísticamente el pueblo a la guillotina, comenzó a hacer horas extras.

Cuando Robespierre subió al poder, la cuchilla del instrumento de suplicio no conocía la inactividad. El jefe jacobino dirigió las matanzas conocidas como «el segundo Te-

ror» antes de que la guillotina acabara también con su cabeza.

La brisa de la mañana que recorría el patio era fría pero ni Deschamps ni Legier notaban su punzada. Los dos vestían el uniforme verde de los dragones, gruesas túnicas de lana con blancas solapas, cinturones cruzados y desteñidos bombachos metidos en botas de caña alta. Al caminar, el sable de Deschamps golpeaba contra el cuero brillante y el airón de crin de caballo del casco, agitado por la brisa, le azotaba la cara. Era alto, medía cerca de un metro ochenta. Sus compañeros siempre decían en broma que su corpulencia lo convertía en blanco fácil; y su colección de heridas parecía corroborarlo. Diversas cicatrices marcaban su cara; la peor se la hizo en la batalla de las Llanuras de Abraham, en la guerra de los siete años. Un corte de sable le había partido el labio superior y otra herida, que le estiraba la comisura de la boca hacia la oreja, le dibujaba una sonrisa perpetua. Treinta y ocho años de servicio. De Canadá a Córcega, de Valmy a Fleurus. El ejército era su vida, siempre lo había sido. Fue escalando puestos hasta llegar a capitán por su valentía y su disposición a dar la vida por la patria, por la República.

Legier llevaba veinte años a sus órdenes. Era bajo y fornido, de complexión fuerte y cuello de toro, daba la impresión de llevar la cabeza encajada entre los hombros. Un trozo de metralla le había arrancado la oreja derecha, pero oía perfectamente por el agujero que le había quedado. No hacía nada por ocultar su deformidad.

En la puerta de la cárcel no había guardias y los dos soldados de caballería intercambiaron miradas de desdén cuando se aproximaron a ella. Deschamps llamó dos veces. Se sorprendió al comprobar que se abría de par en par.

Entró y vio a un hombre acurrucado en el frío suelo de piedra con el mosquete apoyado en un hombro y la cabeza inclinada hacia delante. Lanzó un gruñido, levantó la vista e intentó ponerse en pie al tiempo que parpadeaba para

despertarse. Empuñó el mosquete y lo bajó hasta que el cañón apuntó a Deschamps. Legier dio un paso al frente, con la mano en la empuñadura de la espada, pero el oficial le hizo una seña sin apartar la mirada del solitario guardia.

—¿Quién es usted?—preguntó el guardia recuperando la compostura.

—Quiero ver al alcaide—contestó Deschamps secamente, sin preocuparse por el mosquete Charleville que le apuntaba al pecho.

—Necesito su identificación—dijo el guardia en tono desafiante—. El alcaide es un hombre ocupado. No acepta ver a cualquiera.

Deschamps lo miró de arriba abajo. El guardia tenía poco más de veinte años, vestía la guerrera blanca de los soldados de infantería y bombachos cortos agujereados y raídos y llevaba el bicornio ladeado precariamente en la cabeza. Llevaba polainas sin botas.

—¿Cuántos años tienes?—preguntó Deschamps.

El muchacho se mostró intrigado, la pregunta escapaba en cierto modo a su capacidad de razonamiento.

—Contesta—ordenó Deschamps—. Pareces un niño. ¿Cuántos niños más hay aquí con ínfulas de soldado?

—Contesta—insistió Legier con aire amenazante.

—Dieciséis—respondió el guardia titubeando—. Tengo dieciséis años.

—Muy bien, niño soldado—dijo Deschamps tranquilamente—. Haz tu trabajo. Trae al alcaide. Tengo asuntos que tratar con él.

El muchacho miró a los dos dragones, las expresiones severas, las cicatrices, los uniformes. Dio media vuelta y salió corriendo pasillo arriba.

Felix Marcognet era un hombre alto, flaco y mal encarado. Miró nerviosamente primero a un soldado, luego al otro; ninguno de ellos había aceptado sentarse. Marcognet

se pasó la mano por la calva y volvió a leer el papel que Deschamps le había entregado.

La firma de trazos seguros estampada al pie del documento pertenecía a Paul Barras. Éste era el más poderoso de los siete miembros del Directorio y su influencia no sólo alcanzaba a París sino a toda Francia.

—Necesitamos hombres—dijo Deschamps—. Francia necesita hombres.

—No puedo ayudarles—contestó Marcognet.

Deschamps le lanzó una mirada fulminante.

—Estoy enfermo, me cuesta respirar—suplicó el alcaide—. No puedo prescindir de ninguno de mis guardias, además...

—No es a usted ni a sus guardias a quien quiero—le aclaró Deschamps, irritado—. En esta cárcel tiene más de seiscientos hombres. Muchos de ellos en condiciones de luchar.

—Pero son criminales, gente de mal vivir—arguyó Marcognet.

—Como la mayor parte del ejército.

—No puedo permitir que se los lleve a todos.

—No los quiero a todos.

—Tengo un trabajo que hacer. Tengo responsabilidades.

—¿Con quién?—inquirió Deschamps—. Es responsable ante Francia. Es usted un carcelero. Nada más. Tiene algo que necesito y pienso conseguirlo.

Marcognet tragó con esfuerzo y volvió a mirar rápidamente a los dos hombres uniformados. Legier golpeaba suavemente con el índice la empuñadura del sable.

—No encontrará mucho—dijo el alcaide.

—Seré yo quien lo decida—repuso Deschamps—. Por si no se había enterado, estamos en guerra. Necesitamos todos los hombres que podamos conseguir. Deje que sea yo quien decida cuánto valen como hombres.

—Carecen de todo valor—arguyó Marcognet con mordacidad—. Ya le he dicho lo que son.

—Estoy seguro de que su juicio es incuestionable—comentó Deschamps con desdén—. De todos modos, quiero una lista completa de los hombres retenidos en esta prisión. Y la quiero ahora mismo.

Deschamps se detenía ante cada puerta y, a través de la reja, escudriñaba con indiferencia al ocupante de la celda. Se vio obligado a entrecerrar los ojos para distinguir aquella silueta humana en medio de la oscuridad. Con las primeras luces del alba, la tarea le resultó más fácil pues la luz fría y gris del nuevo día iluminó ligeramente el interior de las celdas y a los infelices que las ocupaban.

El capitán se asomaba para ver a los prisioneros mientras Marcognet leía los nombres de un manojito de hojas; Legier, entretanto, escribía una cruz o un círculo al lado del nombre con una pluma.

—¿A todos los trata igual de mal?—preguntó Deschamps observando al hombre doblado en el centro de la celda, que tosía sin tregua y se oprimía el pecho con las manos. El primero se aclaró la garganta sonoramente y escupió mucosidad manchada de sangre.

—Son criminales—adujo Marcognet.

—Son seres humanos.

—Capitán, dudo de que sea consciente de lo que implica dirigir una prisión—dijo Marcognet en tono servicial—. Exige organización. Exige ciertas habilidades de las que usted no está al tanto.

—¿Como cuáles?—Deschamps cerró la tablilla de madera de la reja y pasó a la celda siguiente.

—Hay que ocuparse de los prisioneros, mantener a raya a los guardias que los vigilan—respondió Marcognet—. Es un trabajo de gran responsabilidad.

—¿Y cómo ha hecho para conseguir un trabajo de tanta responsabilidad?—inquirió el capitán en tono de burla.

El alcaide tosió con afectación pero no respondió.